Conocer tu oficio: la primera regla de seguridad que te cuida



Primer día en el taller. Un compañero nuevo tiene que aflojar una tuerca que no cede. Mira alrededor, agarra un caño que encuentra en el piso, lo encaja en el mango de la llave y empuja con todo el cuerpo. Nadie lo frena porque, a simple vista, parece un truco ingenioso. La tuerca cede, el caño se sale y la llave le pega en la mano. Esta vez, por suerte, fue solo un susto y un dedo hinchado.

Ese compañero no era descuidado ni irresponsable. Simplemente no sabía algo que ningún cartel le había explicado: **conocer el oficio es mucho más que saber hacer la tarea; es saber hacerla sin que nadie se lastime**. Las señales, los cascos y las charlas son importantes, pero ninguno reemplaza a la herramienta de seguridad más poderosa que tiene un trabajador: entender a fondo qué hace, con qué lo hace y qué puede salir mal.

¿Por qué se accidenta incluso quien tiene experiencia?

Porque el riesgo casi nunca está donde lo imaginamos. No suele estar en la tarea que todos reconocen como peligrosa, sino en el pequeño atajo que ya hicimos veinte veces y salió bien. **La rutina no elimina el riesgo; solo hace que dejemos de verlo.** Cuando alguien no conoce los límites de su equipo o no entiende los peligros de su tarea, el accidente solo espera la ocasión.

Los errores más comunes se repiten en todas las industrias. Usar una llave como martillo para golpear una pieza. Prolongar el mango con un caño para ganar fuerza, sin pensar que esa herramienta no fue diseñada para ese esfuerzo y puede deslizarse, romperse o descargar el golpe contra la mano o la cara. Trabajar con el costado de un disco de corte, que está hecho para trabajar de canto y puede quebrarse y lanzar fragmentos a gran velocidad. Sacar la guarda de la amoladora porque molesta. O izar una carga con una grúa sin haber consultado su tabla de carga, olvidando que la capacidad real cambia según el alcance y la configuración del equipo.

Detrás de casi todos estos errores aparecen las mismas dos frases: nunca pasó nada y esta vez sale bien. A veces la persona ni siquiera sabe que está haciendo algo peligroso, porque jamás vio un accidente por mal uso de una herramienta. Otras veces lo sabe, pero confía en su suerte. En ambos casos, **los accidentes no aparecen de repente. Se construyen con pequeños descuidos.**

Y las consecuencias son concretas. Un disco que estalla puede lesionar ojos, rostro o manos. Un golpe de llave deja fracturas, cortes y semanas sin poder trabajar. Una carga que supera la capacidad de la grúa puede caer sobre quien estaba cerca. Detrás de cada lesión hay una familia que espera, un compañero que carga con la culpa y un equipo que pierde a alguien. Y casi todas empezaron igual: una herramienta usada para algo para lo que no fue hecha.

Aprender a usar bien cada herramienta y reconocer sus límites

La buena noticia es que todo esto se puede prevenir, y empieza por algo simple: aprender el oficio completo. No todo el mundo puede operar una máquina con seguridad desde el primer día, y eso no es un defecto, es lo normal. Cada equipo tiene una forma correcta de usarse, y esa forma se aprende con capacitación, práctica acompañada y procedimientos claros. La Ley 19.587 y el Decreto 351/79 establecen que la empresa debe capacitar a su personal y que cada trabajador debe aplicar lo aprendido. Tareas como operar una grúa o un autoelevador, además, requieren formación específica y autorización expresa. Si todavía no sabemos usar un equipo, la regla es simple: no lo tocamos hasta aprender.

Ahora bien, tan importante como saber lo que se puede hacer es saber lo que no. Cada herramienta tiene un uso previsto y un límite que el fabricante indica en su manual. La capacidad de una grúa no se negocia ni se calcula a ojo: se lee en su tabla de carga y se confirma con el equipo de izaje. Una llave sirve para ajustar, no para golpear. Si una tuerca no cede, la solución no es agrandar la palanca con un caño, sino usar la llave del tamaño correcto, aplicar un lubricante penetrante o recurrir a la herramienta específica para esa tarea, pidiendo ayuda si hace falta. Un atajo puede ahorrar cinco minutos, pero **trabajar rápido nunca debe significar trabajar inseguro.**

Conocer los peligros y protegerse aunque parezca que no hace falta

Pero el problema no termina en saber manejar el equipo. Conocer el oficio también es conocer sus peligros. Quien trabaja con una amoladora sabe que hay proyección de partículas y fragmentos, y por eso mantiene la guarda en su lugar, revisa que el disco esté sano, sin vencer y sea el adecuado para la tarea, y verifica que su velocidad máxima sea compatible con la de la máquina. Ningún peligro debería sorprender a quien lo tiene dentro de su propia tarea.

Lo mismo ocurre con los elementos de protección personal. Quien sabe su oficio entiende para qué sirve cada uno: los anteojos de seguridad frenan las partículas, los guantes protegen de cortes y de la abrasión, y el calzado con puntera reforzada cuida los pies si una caja o una pieza pesada se resbala de las manos. Es cierto que muchas tareas podrían hacerse sin ellos, pero hacerlas así es apostar. La normativa argentina obliga a la empresa a entregarlos sin costo y al trabajador a usarlos y cuidarlos. En la práctica, primero se controla el peligro en su origen, con guardas colocadas, herramientas correctas y áreas despejadas, y el EPP se suma como la protección que cubre lo que todavía pueda pasar.

Si entendemos las razones, ya no necesitamos excusas. Nadie que sepa lo que puede ocurrir con una pieza pesada en el aire elegiría trabajar en zapatillas, y nadie que haya visto un disco romperse dejaría la guarda guardada en el cajón.

Preguntar también es parte del oficio

Existe una trampa que atrapa incluso a los más experimentados: creer que ya son tan buenos que las reglas son para otros. Quien conoce de verdad su oficio piensa lo contrario. La habilidad mejora el trabajo, pero no vuelve invulnerable a nadie. Los mejores profesionales no se destacan por saltearse pasos, sino por no saltearlos nunca.

Por eso, si hay una parte de la tarea que no se entiende, un equipo que genera dudas o un procedimiento que no queda claro, preguntar no es una señal de debilidad. Es una señal de profesionalismo. Para eso estamos los supervisores, los compañeros con más experiencia y el área de Seguridad e Higiene. Ninguna pregunta es tonta cuando evita una lesión, y nadie debería sentir vergüenza por detener una tarea que no comprende.

La seguridad no consiste únicamente en cumplir procedimientos; consiste en construir una cultura donde cada persona regrese sana y salva a su hogar al finalizar la jornada. Esa cultura empieza con algo muy concreto: saber qué hacemos, cómo lo hacemos y qué puede salir mal. Conocer el oficio es la primera regla de seguridad, y la que mejor nos acompaña de vuelta a casa.